

**CUENTO N° 107**

**TÍTULO: DON GREGORIO ENTIENDE**

**SEUDÓNIMO: SINIBALD**

**AUTOR: JORGE HERIBERTO SOTO MARDONES**

# Don Gregorio entiende... Sinibaldo

Orgullosa, don Gregorio recorre el barrio en donde reside desde hace más de cincuenta años. Altivo, y presumiendo, como un jovencuelo, el no ser calvo a su edad y lucir una tupida y celebrada melena blanca, avanza hacia la plaza, manejando su paraguas como guaripola de destacamento prusiano, al tiempo que es saludado por todo el vecindario. Hace poco, acrecentó, pese a su edad, su ya reconocido prestigio por la defensa de la comunidad ante la arremetida de las empresas constructoras que pretenden levantar inmensos edificios. Don Gregorio, apoyado por el sector más conservador de la vecindad, evitó el incesante desmantelamiento de las casonas de este barrio tradicional de arquitectura modernista, para erigir, a juicio del anciano, las vulgares moles encementadas y atestadas de la odiosa clase media emergente.

El elegante veterano, erguido y arrogante, cruzó la plaza valorando, cual alcalde, la limpieza del entorno; reconociendo cada especie arbórea y calculando sus años de permanencia, e incluso, sus expectativas de vida. Después de hacer una observación, a vuelo de pájaro, de las distintas aves que se avistan en el lugar, ingresa al “Café de la Plaza”, el más antiguo y tradicional del barrio, que marca su identidad ufanándose de haber recibido durante decenios a un sinfín de visitantes

ilustres y que lo corrobora con innumerables fotografías de coloración sepia que armonizan justamente con las coquetas lamparitas art-decó que iluminan cada mesa, con las excelentes reproducciones de carteles de Alfonso Mucha y con las antiguas y bien conservadas máquinas cafeteras y cerveceras de reluciente bronce.

El venerable vecino es recibido cordialmente y es guiado a una mesa preferencial frente a un inmenso televisor, que desentona en esa cafetería de época, pero que el dueño, a regañadientes asintió en instalar por petición de la nueva clientela arribada desde los masificados edificios recién construidos. Era media tarde y don Gregorio, todavía como único cliente, es consentido por los amables garzones, mientras café tras café, observa un interesante programa sobre la vida de un león en Kenia. Es la biografía de un león enorme, de 250 kilos y de melena exuberante que gobernó, despiadadamente, un área de 100 kilómetros cuadrados, sembrando cachorros en varias manadas de hembras y usurpando otros reinos, matando sin contemplación a rivales y a su progenie, y diseminando su victoriosa genética en una escalada cruel y sangrienta, como ocurre naturalmente en la vida animal. Siempre atento, un café tras otro, mientras el “Café de la Plaza” se colmaba de la odiosa bulla emergente, don Gregorio, en la última parte del reportaje, se conduce de un fatigado y renqueante animal que ya solo caza presas menores. El otrora orgulloso felino, ahora de desgreñada melena, es expulsado de su reino y arrastrando torpemente sus patas vislumbra, en su cojeante marcha al exilio, las aves de rapiña que ya circunvalan el cielo presumiendo su muerte. En ese

momento, poco antes de finalizar el programa, unos insolentes jóvenes, envalentonados por la cerveza cambian de programación.

Don Gregorio entiende..., pide un sandwich para llevar y cancela su consumo. Al salir del café aún no anochecía totalmente, pero todas las luces del comercio nocturno y de la plaza ya estaban encendidas, ansiosas de la noche. Esa visión noctámbula de luces danzantes e intermitentes y de algarabía juvenil, le era desconocida al anciano, como también el sentirse ignorado ahora ante los mismos jóvenes que lo saludaron afablemente antes de ingresar a la cafetería. Un viento frío le hace caer desgreñadamente su melena en medio de sus ojos y así emprende el regreso a su casa, utilizando ahora su paraguas como bastón. Sin embargo, mientras avanzaba sigilosamente, no advierte que cruza el área de la ciclovía y es empujado alevosamente por unos ciclistas, que como una jauría de hienas insultan su senectud. Maquinalmente, como implorando piedad, joroba su espalda y renqueando a la manera del león exiliado continúa atravesando la plaza, mientras es observado por una manada de hembras burlonas e inaccesibles para su ancianidad que lo requieren como si fuera un adolescente. Nervioso, don Gregorio, como justificando el prescindir de la apetitosa oferta mujeril, tantea su sandwich que carga en el bolsillo de su chaqueta, su presa menor, piensa irónicamente, y ansioso, apurando el paso hacia su hogar, anhelado ahora como una madriguera protectora, abre la verja de hierro de su casa y en medio del jardín esquivado a tres mirlos azabaches que, insolentes como los ciclistas, alzan el vuelo y pasan a centímetros de la cabeza del anciano.

Don Gregorio entiende... Dispuesto al exilio que impone la vejez y asumiéndose como un león desterrado al cruel reino de la rapiña humana, sonrío sarcásticamente, y grita después, en una forma destemplada, que más parecía un desolado e inútil rugido, a las empresas constructoras... y a los jóvenes... y a los ciclistas... y a sus hijos... y a todo el barrio...: ¡Ya mismo soy carroña... vuelvan mañana!...

